

La vida de Pastor Merino no había sido diferente de tantas otras vidas, pero había sido mucho más triste. La razón es sencilla: la primera frase cuyo sentido logró comprender enteramente, por allá por su sexto aniversario, fue esta: "Qué niño tan inteligente, mira cómo mata de bien las cucarachas; este va a ser doctor". Elogios similares se pronunciaron en su loor invariablemente para celebrar cada una de esas hazañas con las que demostramos nuestros progresos en el ascenso a la madurez: unas bofetadas bien puestas al vecinito que apenas puede dar un paso todavía, un pequeño robo en alguna fiesta de primera comunión, una trampa impecable en el examen de catecismo que nos permite pasar de cuarto a quinto año, un primer encuentro con la criada en un rincón oscuro, etc. Sin embargo, todas esas alabanzas, que hubieran podido hacerle perder la cabeza a cualquier mortal, en el caso de Pastor fueron superfluas. Pastor no necesitaba de palmas y ditirambos para formarse una gran idea de sí mismo; apenas la confirmaban. Había nacido con una enorme, con una inmensa confianza en su poder, en su belleza y en su cerebro. Su caro cuerpo sombreaba el universo.

Abandonó la infancia, atravesó la adolescencia, llegó a la edad adulta regocijándose en su presencia, deleitándose con su voz, recreándose con sus manos. Todo exigía, pues, que estudiara derecho, y derecho fue la profesión que escogió sin pensarlo dos veces. En su pieza, ante el gran espejo de cuerpo entero que su madre le había comprado con grandes sacrificios, leía a gritos estentóreos el Código Civil, sobre el cual no sostenía sino una opinión: que sus artículos eran insuficientes para regular las torpes idas y venidas de sus congéneres. Ensayó lo mismo con el Penal, que pronto se convirtió en su favorito y aprendió de memoria, para poder mirarse mejor en el espejo.

Hacia el segundo año de estudios, cayó víctima de lo que él más tarde tendría por la peor enfermedad de su vida. Un domingo por la mañana vio salir de misa a una muchacha colgada del brazo de una señora muy alta y de rostro severo. Pastor miró la muchacha en los ojos y un tremendo choque sacudió su corazón, un sudor frío cubrió su frente, un temblor irrefrenable se apoderó de su

cuerpo, que, momento seguido, vaciló y rodó por el pavimento. Por primera vez Pastor había visto otra persona y esa **otra** era una niña adorable, pura, de ojos oscuros como la noche, de cabellos como la miel, de piel blanca como las velas de un navío. Antes, la suya era la única belleza que conocía. La cosa no era para menos.

La madre exclamó: “¡Qué horror, esos borrachos!” y echó a correr, estrechando la mano de su hija entre las suyas y mirando fijamente la cruz sobre el campanario de la iglesia. La niña, por su lado, no dejó de mirar hacia atrás, donde un grupo de personas se inclinaba curiosamente ante el cuerpo del joven Demóstenes caído; y hasta se atrevió a contradecir a su madre. “No estaba borracho, fue un desmayo”, dijo, mostrando una sonrisa de felicidad.

Pastor salvó aquel primer síntoma sin otros contratiempos. Se levantó, se sacudió el polvo y echó a andar, sin responder a las preguntas de los curiosos. Se sentía anonadado por lo fulminante del golpe. Prometió no volver a dejarse sorprender por una mujer, pero no pudo olvidar los ojos de la muchacha. El domingo siguiente volvió al mismo lugar, a la misma hora. Siguió a las dos mujeres, dio con la casa. La sitió. Venció sus defensas. Besó la mano de la señora. Se presentó: “Pastor Merino, abogado, mucho gusto”. Estrechó la mano de Clara, un segundo más de lo debido. Se presentó de nuevo con una garambaina de sus brazos y un inusitado bemoil de su voz.

Al año de visitas, después de haber comprobado que Clara dispondría, a la muerte de su madre, de una fortuna considerable, tras muchos meloseos, muchas flores y bombones, se decidió a pedirle en matrimonio. Tanto había hablado de los horizontes sin fin que se extendían en su futuro, había descrito con tanta minucia sus grandiosos proyectos, que las dos mujeres entrevieron al instante una larga y noble vida de dedicación exclusiva al genio que como por milagro había aterrizado en su humilde patio. Se podía ir a vivir con ellas inmediatamente. ¡Hacia tanta falta un hombre en la casa!

Bastaron unos días para que la madre discerniera la verdadera naturaleza de Pastor y menos tiempo aún para que muriera de dolor. Clara llegó a pensar más tarde que Pastor la había matado,

obligándola a asistir a sus recitales de trozos escogidos del Código Penal. La comprobación de esta sospecha es, desde luego, bastante delicada. No obstante, un cuidadoso estudio de la vida de Pastor nos ha inclinado a aceptar esta hipótesis, con una salvedad: que una sesión única debió bastar para poner fin a la apacible existencia de la ingenua señora.

El asesino celebró su triunfo con el abandono inmediato de sus estudios. Ya sabía utilizar los códigos con destreza, ya tenía a Clara, ya tenía dinero. Jamás había soñado en deshacer tuertos y socorrer inocentes; y aunque la idea de meter a unos cuantos de estos a la sombra, había alegrado sus pocos momentos de depresión, el sendero para poder hacerlo por las vías legales se le hacía demasiado tortuoso. Pastor evitaba las dificultades por principio. Ante él se abría un camino plano y llano. ¿Cómo podría dejar de seguirlo? Poseía una mujer que le daría hijos para cantar sus alabanzas y regar por el mundo noticias de sus virtudes. Poseía una casa espaciosa con muchos espejos. Poseía, en fin, otras casas, muchas casas, cuya renta podría surtir por el momento sus necesidades más urgentes: vestidos de paños ingleses, perlas para las corbatas de pesada seda, anillos para sus delicadas manos, dinero de bolsillo para los juegos de azar que practicaba con pasión, para los habanos, para el clavel en el ojal, para que sus amigos pudieran festejarlo.

* * *

Muchos claveles encarnados se ajaron sobre su corazón. El tiempo pasaba y todo seguía lo mismo. Pastor empezaba a cavilar. Su ceño se fruncía cuando sospechaba que sus palabras caían en el vacío, cuando comprobaba que sus chistes no hacían reír con suficiente entusiasmo, que no se ganaba la lotería, que perdía al póker y al billar. Y una preocupación aún mayor empezó a trazar arrugas prematuras en su frente: Clara no le daba hijos, Clara no le prestaba atención, Clara ni siquiera se mosqueaba cuando, en medio de las comidas o a la madrugada, se levantaba de repente a recitar sus códigos. Los espejos empezaban a fatigarlo. Necesitaba algo más. Necesitaba propaganda.

¿Cómo podía hacer llegar su nombre hasta los más lejanos confines de la tierra? Decidió hacer algo. ¿Escribir sus memorias?... ¿Dic-

tarlas? Aún no era tiempo. ¿Perpetrar un crimen? Conocía demasiado bien el Código Penal. ¿Hacer política? Reunía varias condiciones: creía en sí mismo, era hiperbólico, no necesitaba de alto-parlantes para arengar a una multitud de quinientas mil personas... pero toda esa ralea, esa turba incolora... tener que cortejarla. No. No podría. ¿Militar entonces? Demasiado tarde. ¿Constructor de cañones? A su país se los daba de regalo un gobierno amigo y además el dinero empezaba a escasear. No se había ganado la lotería. Le quedaban tres casas nada más. “¿Qué, entonces? ¿Qué? ¿Qué puedo hacer que sea grande, enorme, gigantesco?” se preguntaba una y otra vez al afeitarse, mientras barajaba las cartas, al escuchar durante la noche el ritmo regular de la respiración de Clara.

La despertaba. La reprochaba: “¿Cómo puedes dormir, mientras yo sufro?”. Le hacía la pregunta que lo obsesionaba. La zaran-deaba para obtener una respuesta. Clara guardaba silencio. Lo miraba. Lo seducía. Pastor gemía sobre su pecho.

La respuesta no venía. Tampoco los hijos. (“¿Cómo pude meterme con ella?”) Hasta que un día, camino del club, fue literalmente arrojado de su corcel, y una voz más fuerte que la suya tronó desde una nube: “Tú eres Pastor. ¿Cómo es que has abandonado mi rebaño?”. Y Pastor se irguió, transfigurado. Olvidó que tenía un compromiso para jugar al bridge. Caminó sin dirección durante muchas horas. Sólo el hambre le hizo descubrir el camino a su casa.

Varios meses duró Clara llevándole su sopa a la alcoba y comprándole libros sobre el monoteísmo, el diteísmo, el politeísmo, el paganismo, el deísmo y el antropomorfismo; y sobre todas las sectas, desde el mazdeísmo hasta el vudú. La inquietaba lo que podía estar pasando dentro de aquel cerebro que conocía al dedillo. La posibilidad de que cambiara le daba escalofríos. Mejorar no podría, sólo cabía que empeorara. Clara lo miraba, entornaba los ojos, bajaba los párpados lentamente. Sus encantos ya no surtían ningún efecto. Pastor la había olvidado.

Pero sus temores eran vanos. Pastor no había cambiado. Abría los volúmenes y pronto, perdido en sutilezas al cabo de dos o tres páginas, se ponía a leer en voz alta y a escuchar las modulaciones

de su voz, tomando un vago placer en el estilo, que se le hacía exótico y barroco. A veces, levantaba sus ojos para mirarse en el espejo y la visión de su cuerpo, envuelto en una sábana blanca a manera de túnica, le traía a la memoria sus libros amados. Recitaba sus artículos por millonésima vez. Un inmenso congreso imaginario asistía a sus recitales. Estaba satisfecho. Decidió que el contenido de la nueva religión le sería revelado a su debido tiempo.

El soplo divino no tardó en venir. Las circunstancias fueron menos dramáticas, sin embargo. El texto, menos enigmático, rezaba así: "Las religiones que pretenden adorarme son torpes. Sus métodos burdos. Son incapaces de presentar pruebas convincentes. Tú podrías, tal vez. Hazte inmortal, por ejemplo. Te vendría bien". Pastor no tardó en darse cuenta de las ventajas de este método de proselitismo, pero una pregunta lo desvelaba: ¿Por qué le habían dicho que se hiciera inmortal? Nunca se le había ocurrido que podría morir. Decidió precaverse. Apeló a la química.

Quiso probar el primer resultado de sus conmixturas: una pasta violácea que emitía rayos rojizos. Razonó que para verificar su efectividad tenía que aplicarla y luego acudir a cualquiera de esos medios que normalmente hacen morir a un simple mortal, pero a los que los inmortales debían ser inmunes. Pensó en Clara. Preparó unas onzas de cianuro. La llamó. Vino enseguida. Estaba arrugada, su cabellera parecía de alambre, sus ojos de limón. "Clara, con esto te harás inmortal, como yo. Toma un poco".

Clara miró la pasta fosforescente que Pastor blandía ante sus ojos entre unas pinzas. No le interesaba la inmortalidad. Abrió la boca y sacó la lengua, como si se preparara a comulgar. Se desplomó inmediatamente. Pastor se inclinó sobre su pecho y escuchó. Nada. Silencio absoluto. El cianuro ya no era necesario.

El médico dictaminó ataque al corazón. Pastor logró enterrar el cuerpo en el solar. Sobre su tumba colocó una flecha de madera que apuntaba hacia el cielo. Por el momento no estaba mal el símbolo. Después tendría mucho tiempo para dar con uno mejor. Sólo tenía cincuenta y tantos.

Perdió un poco de su entusiasmo por la ciencia, pero no dejó del todo sus experimentos. Empezó a salir a la calle de nuevo. Emul-

sionaba de día; de noche, frecuentaba un burdel cercano. Se trajo a vivir con él a una muchacha que conoció allí. Se llamaba Lucinda y se reía estruendosamente cada vez que Pastor abría la boca. Este logró elaborar pastillas de todos los colores del espectro. Fulminó sucesivamente al perro, al loro, al canario, al turpial, al gato y a todas las ratas que no habían caído entre sus garras. El solar se convirtió en un jardín de flechas, un jardín que no florecía y sin embargo apuntaba hacia el cielo. Tuvo una hija de Lucinda, una niña insoportable que rompía en alaridos apenas sospechaba que su padre se encontraba cerca.

Un día se miró en el espejo. Hacía mucho que no lo hacía. Se llevó un susto. No le quedaba un pelo en la cabeza. Los ojos se habían achicado y hundido. Le costó trabajo descubrirlos en el fondo de dos depresiones azufradas. Dientes no tenía ni uno. Una telilla cobriza hacía las veces de piel y dejaba entrever las junturas de los huesos del cráneo, los poros de los maxilares y de los pómulos. La química perdió su encanto. Se encontró algo acabado. Decidió hacer ejercicio, respirar aire libre. Salió. Duraba horas y horas recorriendo la ciudad con un paso mesurado.

Sus ojos se abrieron por segunda vez. Desde el fondo de sus dos cráteres, registraban la iluminación deficiente, el transporte inadecuado, la inseguridad, la impunidad, el mercado negro, la trata de blancas, los reductos del hampa, los secuestros, los asaltos, la muerte de los árboles, las grietas en el pavimento, el cuarteo de las casas, la evicción, la concusión, la corrupción, la descomposición de los cadáveres... Escribió cartas a los periódicos. Cartas sibilinas, hiperbólicas, que anunciaban la ruina inminente del universo. Firmaba "Casandra".

El momento se le hacía "grávido de cuestiones escatológicas". Todo era enigmático, opaco, incomprensible. Pero ahí estaba él para solucionar los enigmas, para atravesar los muros con su mirada, para explicar lo inexplicable. Su visión escatológica se desarrollaba a partir de sus observaciones diarias, de un atraco en una calle oscura, por ejemplo. La calle se convertía en "...un feroz campo de batalla, donde la oscura hampa ultima inmisericordemente a la gente de bien, que cae sepultada entre cáscaras, huesos e inmundicias". Todo terminaba en la derrota final y pró-

xima de los hijos de la luz a manos de los hijos de las tinieblas.

Los periódicos publicaron sus cartas. Discernieron en ellas un noble espíritu cívico. Los lectores lo ensalzaron. Pastor se encontraba, por fin, camino de la fama. Su vida hasta ahora, pensaba a menudo, había sido en efecto más triste que la de tantos otros. ¡Había deseado tanto y obtenido tan poco! Pero ahora, ahora había encontrado su rebaño.

Descuidó su apariencia. Llevaba siempre un ancho sombrero gris ratón encasquetado hasta las cejas. Miraba siempre hacia adelante, fijamente, con la cabeza rígida. Metía sus dos manos en los bolsillos de un abrigo que le quedaba pequeño y que no se quitaba ni para dormir. Como los bolsillos eran muy altos, tenía que doblar los brazos casi en ángulo recto. Al observarlo de perfil, las dos protuberancias que formaban sus manos embolsilladas parecían esconder un par de pistolas dirigidas hacia un prisionero imaginario.

Los niños se asustaban a su paso. Una vez, uno, más valiente, se plantó frente a él y disparó con un par de revólveres invisibles, gritando "pum, pum..." Pero Pastor siguió su camino sin inmutarse. El niño no cejó. Disparó de nuevo, esta vez con una ametralladora, y haciendo "ta-ta-ta ta-ta-ta..." Pero Pastor siguió adelante como un cacique de película. El niño no pudo creer que Pastor fuera de verdad.